



El amor, la única actitud adecuada ante la persona según Karol Wojtyła¹

Juan Manuel Burgos²

1 Introducción a la obra de K. Wojtyła *Amor y responsabilidad* (Palabra 2008) tomada como ponencia para la mesa redonda “El amor en las voces del personalismo” celebrada en el Ateneo de Madrid el 9 de julio de 2012.

2 Presidente de la Asociación Española de Personalismo. Ver más en nuestro link de Autores.

“El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos también el destino”.

K. Wojtyła, *El taller del orfebre*

Karol Wojtyła fue siempre un enamorado del amor humano, del amor intenso profundo e inabarcable entre el hombre y la mujer. Y a ese amor dedicó buena parte de sus inmensas posibilidades como persona. Se dedicó ante todo como hombre, multiplicando sus amistades y relaciones con jóvenes parejas; se dedicó como sacerdote, orientando, guiando, aconsejando, consolando, apoyando; se dedicó como artista, como poeta, dando frutos en obras tan logradas como *El taller del orfebre*; se dedicó como teólogo, en ese impresionante ejercicio de *intellectus fidei* que publicó, ya como Papa, con el título de *Varón y mujer* lo creó; y se dedicó como filósofo, como investigador del misterio humano, como hombre entre los hombres que intenta comprender. El fruto de esa reflexión es *Amor y responsabilidad*.

Amor y responsabilidad surge, en concreto, en un momento muy preciso de la historia personal e intelectual de Karol Wojtyła e intenta responder a unos problemas también muy determinados: los de los jóvenes polacos que rodeaban a este joven sacerdote allá por los años 1950-1960. Él mismo nos lo cuenta: “en aquellos años, lo más importante para mí se había convertido en los jóvenes, que me planteaban no tanto cuestiones sobre la existencia de Dios, como *preguntas concretas sobre cómo vivir*, sobre el modo de afrontar y resolver los problemas del amor y del matrimonio, además de los

relacionados con el mundo del trabajo (...). De nuestra relación, de la participación en los problemas de su vida nació un estudio, cuyo contenido resumí en el libro titulado *Amor y responsabilidad*”¹.

Este origen tan experiencial es una de las razones de la fuerza y frescura de esta obra. Se intuye la vida detrás de los razonamientos; la alegría, el sufrimiento y la tensión del amor real, no de un amor pensado o imaginado por un investigador encerrado entre las paredes de una biblioteca. No estamos en absoluto ante un mero ejercicio académico de investigación. Cabría pensar, de todos modos, que este origen tan específico -la cultura católica polaca de la época pre-conciliar- habría hecho perder vigencia a esta obra. ¿Qué interés podrían tener esas reflexiones en el mundo de hoy, tan diverso y cambiado, y en una evolución vertiginosa y constante? La objeción, sin duda, sería válida en muchos casos, pero no rige para *Amor y responsabilidad*, que se alza con la potencia de los clásicos y se muestra capaz de trascender al tiempo. Conviene advertir que, en realidad, los clásicos no son tales porque poseen un planteamiento abstractamente generalizador que les confiere un carácter universal sino, al contrario, por un enraizamiento especialmente profundo en la cultura de su tiempo que les permite tocar la veta que unifica a los hombres a lo largo de la historia. Así logran la intemporalidad. Una intemporalidad, desde luego, siempre limitada a la fugacidad de la vida humana. Pensemos, por ejemplo, en nuestro Quijote: tan tremendamente limitado y definido histórica y culturalmente -la Mancha seca y yerma y árida- y, al mismo tiempo, tan universal.

1 Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1994, p. 198.

Algo de esto hay en *Amor y responsabilidad*. Wojtyla profundiza tanto y de tal manera en las preguntas de aquellos jóvenes que acaba tocando la esencia radical del amor humano que, en buena medida, es atemporal. Hombre, mujer, amor: son constantes de todas las culturas que han existido y existirán porque lo son de la misma existencia humana. Ahora bien, sólo podemos llegar a ellas a través del amor concreto que -hoy, aquí, ahora- vivimos o percibimos, y eso es lo que Wojtyla consigue gracias a su intensa convivencia con ese grupo de jóvenes polacos. Después, respondiendo a sus preguntas responde a las preguntas eternas, recurrentes, inevitables que toda persona se hace en torno a la sexualidad, el amor y el matrimonio. ¿Qué es el amor? ¿Qué relación hay entre afectividad y sexualidad? ¿Cuál es el papel de la sexualidad en la vida personal? ¿La castidad es una virtud positiva o un comportamiento represivo? ¿Qué es el pudor? ¿Qué estructura deben tener y ante quién responden las relaciones sexuales? ¿Tienen sentido antes del matrimonio? ¿Qué es el matrimonio y cual sería la justificación de su indisolubilidad? La lista de preguntas podría alargarse notablemente, pues los análisis fenomenológicos que realiza son riquísimos y detallados, pero las apuntadas nos parecen más que suficientes para confirmar la plena actualidad del libro y de sus contenidos a pesar del tiempo trascurrido desde su publicación en 1960.

Busquemos ahora las raíces del clasicismo, o, en otras palabras, de la genialidad de *Amor y responsabilidad*, busquemos aquellos rasgos por los que esta obra se fortalece con el tiempo mientras las de otros coetáneos amarillean en las bibliotecas. Ante todo, hay que señalar que *Amor y responsabilidad* es un libro maduramente audaz, un rasgo muy característico de Karol Wojtyla. Hombre creativo donde los haya, actor y poeta de nacimiento, poseía un fuerte impulso interior para abrir caminos que respondiesen al paso de los tiempos, pero al mismo tiempo era consciente del peso de las cosas, de la fuerza y riqueza de la tradición y de la historia. Por eso siempre maduraba su creatividad, la ponía a prueba, la acrisolaba, la fundía con la tradición, y sólo entonces, cuando estaba plenamente convencido de su solidez, la echaba a navegar por el río de la historia. Este es uno de los motivos por los que la obra de Wojtyla está destinada a perdurar. Es ajena a la moda en el sentido negativo del término, y también a la frivolidad y al deseo de deslumbrar, muy poderoso entre

los intelectuales que quizá no disponen de otros placeres; pero es moderna, atenta a los problemas -antiguos o nuevos-, y valiente: no los esconde ni se esconde ante ellos y, si resulta necesario, tampoco teme innovar. Esa madurez personal e intelectual es una de las raíces de su clasicismo.

En *Amor y responsabilidad* esa peculiar posición está toda ella dirigida a intentar resolver el gran embrollo, el gran atasco al que se había visto abocada la reflexión católica sobre la sexualidad en la primera mitad del siglo XX. Si bien no todos los éticos y moralistas eran conscientes de ello, el callejón sin salida al que se había llegado era manifiesto: la existencia de una visión negativa y casuística de todo lo relacionado con la sexualidad. Se hablaba, sobre todo, de *lo que no había que hacer*, y, además, no se daban las razones, o al menos no se daban razones antropológicamente convincentes, y, para cerrar el círculo, tampoco se hablaba de lo que había que hacer, es decir, no se proponían metas estimulantes y atractivas relacionados con el impulso sexual y la relación entre el hombre y la mujer. Simultáneamente, el católico, sobre todo el católico intelectual, se encontraba con un ambiente en el que convivían otras interpretaciones de la sexualidad (la freudiana, la marxista) que, por un lado, disponían de un desarrollo teórico poderoso que con facilidad superaba los razonamientos -en gran medida catequéticos- de los católicos y, en segundo lugar, proponían tipos de comportamientos más fáciles de seguir y, en principio, más positivos: no reprimir el impulso sexual, sino utilizarlo y emplearlo a fondo como corresponde a una de las cualidades más potentes, vitales y productoras de placer del hombre.

Es fácil comprender que el católico, atrapado entre estos dos frentes, se sintiera sitiado y débil, sobre todo por la falta de argumentación. Le afectaba no tanto el *qué*, ya que -en aquella época- probablemente intuía lo que debía hacer, sino el no tener un *porqué* convincente, no sólo para contra argumentar frente a otras posiciones, sino, sobre todo, para justificarse a sí mismo. ¿Por qué debía actuar -o no actuar- de un modo determinado? Esta era la pregunta clave que se hacía el joven polaco católico de aquella época -una pregunta que mantiene todavía hoy su validez- y a la que Karol Wojtyla procuró dar cumplida respuesta antropológica en *Amor y responsabilidad*, que es, por eso, y fundamentalmen-

◆ “¿Tenía sentido reprimir la sexualidad o controlarla, si no era en función de algo tan atractivo y hermoso como el amor interpersonal? En realidad, no. Si no se incluía en ese marco, frente a las potentes teorías pansexualistas emergentes en los siglos XIX y XX, la ética cristiana no podía verse más que como un moralismo timorato que no se atrevía -por su subordinación a determinados preceptos religiosos impuestos heterónomamente- a vivir a fondo una de las potencias humanas más poderosas y ricas: la sexualidad”.



te, una reflexión filosófica y ética. No es ni un tratado casuístico, aunque hay reglas de comportamiento pero que se deducen de los presupuestos antropológicos, ni una reflexión confesional. Es una reflexión racional sobre una cuestión esencial, el significado profundo de las relaciones entre el hombre y la mujer.

Para resolver un bloqueo intelectual serio es necesario replantearse los fundamentos. Sólo así es posible salir del callejón sin salida. Hay que volver hacia atrás, detectar el momento en el que se eligió la ruta equivocada y acertar con el nuevo camino. Si se mantienen los mismos presupuestos, si se mantiene la misma perspectiva, se llegará sin lugar a dudas a un lugar idéntico o similar, con variaciones imperceptibles que no aportarán nada significativo. Wojtyła fue perfectamente consciente tanto del problema: ¿por qué se llegaba a esa visión negativa de la sexualidad?, como de la necesidad de revisar los presupuestos: ¿qué había que cambiar para que eso no sucediera?

Su primera observación -decisiva- fue la constatación de *la desconexión dominante en la reflexión católica entre sexualidad y amor*. No se hablaba del amor ni siquiera para explicar el matrimonio. Este era un contrato, producto de un acto de voluntad, con el objetivo primario de tener hijos. Esto, por supuesto, era cierto, al menos en parte, pero ¿tenía pleno sentido humano desconectado del amor? ¿Cabía hablar cristiana y humanamente del matrimonio sin fundarlo en el amor entre el hombre y la mujer? Y lo mismo ocurría con la sexualidad. ¿Tenía sentido reprimir la sexualidad o controlarla, si no era en función de algo tan atractivo y hermoso como el amor interpersonal? En realidad, no. Si no se incluía en ese marco, frente a las potentes teorías pansexualistas

emergentes en los siglos XIX y XX, la ética cristiana no podía verse más que como un moralismo timorato que no se atrevía -por su subordinación a determinados preceptos religiosos impuestos heterónomamente- a vivir a fondo una de las potencias humanas más poderosas y ricas: la sexualidad. Aquí se encontraba, sin duda, una de las raíces del problema. Wojtyła la detectó, la afrontó sin miedos y sacó las consecuencias. Para que la ética sexual católica adquiriera sentido y significación antropológica debía convertirse en una reflexión sobre el amor. Sólo entonces, sus reglas éticas aparecerían humanamente justificadas. Por eso, *Amor y responsabilidad*, frente a las éticas sexuales negativas y casuísticas imperantes, se plantea desde el principio y de manera global como una reflexión sobre el *amor* humano que apela a la *responsabilidad* ante ese amor.

Una vez identificado el problema y establecido el nuevo punto de partida quedaba otra cuestión fundamentalmente fundamental por resolver: el *instrumento intelectual* adecuado para iniciar ese nuevo camino. La antropología imperante en aquella época era la neoescolástica más o menos fiel a la inspiración tomista originaria. ¿Era este el instrumento idóneo para afrontar desde esta nueva perspectiva? Wojtyła entendía que no. Siendo no sólo un conocedor profundo sino un admirador del tomismo y de S. Tomás, entendía que a esta doctrina le faltaba la conexión con la dimensión subjetiva de la persona, con la vida interior, con los sentimientos y con la interpersonalidad, todos ellos factores esenciales en el tratamiento del amor. En el fondo, pensaba Wojtyła, no era ninguna casualidad que la neoescolástica hubiera conducido a una visión abstracta y empobrecida de la sexualidad; en realidad, era la consecuencia lógica de sus límites antropológicos. Por eso, optará decididamente por la antropología personalista, considerando que el único modo aceptable de tratar la ética sexual es incluirla en el marco del amor interpersonal entre un hombre y una mujer. "La ética sexual -afirma en el prólogo de la 1ª edición de *Amor y responsabilidad*- pertenece a la persona. No puede entenderse nada en esta ética sin entender a la persona, su existencia, su actividad y sus posibilidades. El orden personal es la única plataforma correcta para las reflexiones en materia de ética sexual. La fisiología o la medicina sólo pueden completarlas. Por ellas mismas no crean bases suficientes para la comprensión del amor y la responsabilidad, base de las relaciones mutuas de las personas de sexo diferente. Por esta razón, la totalidad de las reflexiones contenidas en el presente libro tienen carácter personalista".

Queda así delineando el marco en el que se encuadra *Amor y responsabilidad*. El instrumento concreto que utilizará Karol Wojtyła para sacar fruto

a este planteamiento y descender de la antropología general a la sexualidad y los comportamientos éticos es un concepto original que crea inspirándose en el imperativo categórico de Kant, pero ampliándolo y positivizándolo: la *norma personalista*. El imperativo categórico, como es conocido, establece que la persona nunca debe ser tratada como medio, siempre tiene que ser tratada como un fin. Pero a Wojtyla, influido por sus raíces cristianas, esto le parece pobre. Si se es consecuente con el valor insustituible e incommensurable de la persona y con su dignidad, hay que ir más allá y afirmar que la única actitud adecuada ante ella es el amor. Este es el contenido de la norma personalista que se opone, por ejemplo, al utilitarismo en las relaciones sexuales; al uso de la mujer por el hombre o del hombre por la mujer (aunque el uso sea mutuamente consentido) como mero medio de lograr el placer, e impulsa, por el contrario, a una relación basada en el amor y en el respeto a la integridad completa de la persona de modo que la donación espiritual y corporal plena sólo tiene sentido cuando se ha establecido una unión mutua radical entre el hombre y la mujer, es decir, en el matrimonio.

Wojtyla saca abundante partido a la norma personalista gracias, entre otras cosas, a un inteligente uso del método fenomenológico, pero no debemos alargar la introducción. Resta únicamente añadir que existe todavía otra clave de lectura de *Amor y responsabilidad* que es interesante conocer: su encuadre en *el proyecto filosófico global* de su autor. Karol Wojtyla fue formado en el tomismo que nunca abandonó de manera completa, pero su tesis sobre Scheler le permitió descubrir el pensamiento fenomenológico y, por extensión, toda la filosofía moderna. Su conclusión personal fue que resultaba necesario conjugar ambos mundos como único medio de lograr una filosofía a la altura de los tiempos. La filosofía realista-objetivista de Tomás de Aquino y el idealismo-subjetivista de la modernidad no debían limitarse a un enfrentamiento cerril, al contrario, tenían que unificarse completando cada uno con sus bondades las carencias del otro sistema. El tomismo debía acoger de la modernidad la vida interior del sujeto, ese mundo específico que le hace existir como un yo irrepetible y le convierte en persona; y la modernidad debía acoger de S. Tomás el cimiento ontológico que la libraba del subjetivismo y del relativismo.

El proyecto filosófico integral de Karol Wojtyla consiste en lograr esa unión entre ambos mundos. *Amor y responsabilidad* es el primer intento en llevar a cabo esa titánica empresa. Consiste en un análisis del amor humano realizado desde una perspectiva fenomenológica al que se le da un arraigo ontológico. Gracias a la perspectiva fenomenológica aparece un mundo de temáticas nuevas

que la red abstracta de la neoescolástica no había sido capaz de capturar: los sentimientos, la afectividad, la interpersonalidad, la ternura, el pudor, la donación, el amor, etc. Y gracias a su personalismo ontológico, esos rasgos se estructuran, ordenan y arraigan en una estructura densa y estable que les da sentido y los jerarquiza en el conjunto del ser. Este es el nivel más profundo de comprensión de esta obra, el de un primer paso en ese magno proyecto de unificación de las dos grandes corrientes de la filosofía occidental. El siguiente, y decisivo, sería *Persona y Acto*, pero eso ya es otra historia.

